

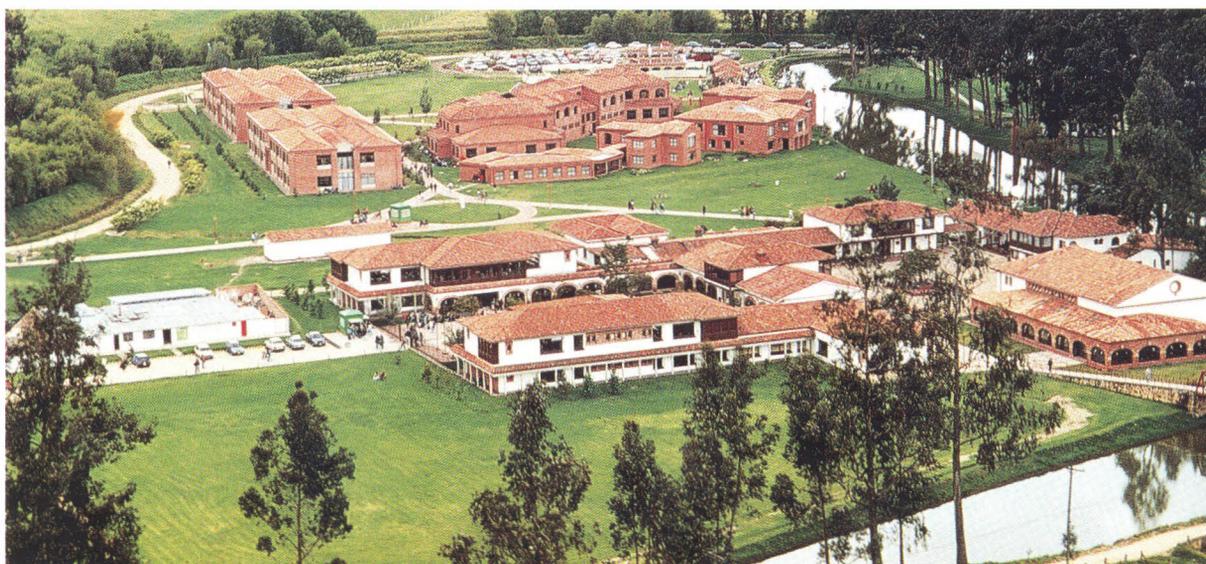
BOLETIN



UNIVERSIDAD DE LA SABANA
FACULTAD DE EDUCACIÓN
INSTITUTO DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

Licenciatura en Educación Religiosa y Moral

El puesto de la Religión dentro del Currículum



Visión panorámica del Campus Universitario. Chía - Cundinamarca.



La religión nos une con Dios, con el Creador. La religión nos forja personalmente, desarrolla las virtudes, nos acerca al fin de nuestra vida y nos permite alcanzarlo.

Forma la inteligencia, la libertad, el espíritu: lo más sagrado del hombre.

Enseña a ser dignos, a ser responsables.

Da sentido a todos y cada uno de nuestros actos. Nos marca el camino de la perfección de la naturaleza, y lo que es más importante todavía, es

la única que nos permite y da los medios para alcanzar el fin sobrenatural de nuestra existencia, para pasar por ella preparándonos para lograr un día la gloria celestial, la dicha eterna.

La religión está en el centro de la vida, en el centro del alma, en el centro del ser humano.

Por ésto, la educación religiosa, la formación religiosa, debe estar en el centro de la educación. Si no es así, al resto de la educación le falta el alma, le falta la luz. La religión enseña a ser, a vivir y a comportar-

se con un sentido superior, más elevado, más profundo, verdadero, trascendente: eleva todos los actos del hombre, empezando por sus pensamientos, a relacionarlos con Dios. Ennoblece y dignifica toda la vida, todo el quehacer, por ello, debe estar en el centro, DEBE SER EL ALMA DE TODA VERDADERA EDUCACIÓN.

Y ese debe ser su puesto en el currículum, en el plan de estudios. Todas las otras materias vienen después de ella en trascendencia, en valor.

Hay centros docentes que dan gran importancia a los idiomas, a las matemáticas, al deporte, o a otras disciplinas, ésto, en ningún caso debería significar que a la religión no se le dé, la misma trascendencia.

A la religión, si es que queremos hacer las cosas con sentido común y con sentido cristiano; un colegio, una escuela, unos educadores, deben darle la preferencia, el primer puesto, los mejores profesores, el mejor tiempo, las mejores horas, con dedicación e intensidad suficientes.

Se ponen todos los medios para que se enseñe

la religión, para que sea agradable, para que sea el faro de luz que debe ser.

Son errores graves en este aspecto: darle profesores improvisados, carentes de mística y de formación; darle poca intensidad horaria, preferir sobre ella a otras disciplinas concediéndole una importancia secundaria; asignarle las peores horas cuando ya los alumnos están cansados, cederlas para otras actividades y dar fácilmente vacaciones en esos momentos; emplear su tiempo para otros fines, dedicarlo a temas superficiales o baladíes.

Un verdadero maestro, un verdadero educador, sabe lo que es la religión, el puesto que le corresponde, la cuida, la ama, la defiende, la hace respetar.

Un centro docente con principios, con hondura humana y con autenticidad cristiana, la tiene como LA PERLA DE LA EDUCACIÓN. No se detiene ante las dificultades, le da toda la trascendencia que tiene, cumpliendo así su deber más sagrado con los alumnos y con las familias que le han delegado sus hijos para algo tan grande como es formar, educar, hijos de Dios. ■



El Catecismo de la Iglesia Católica y el Profesor de Religión



El Catecismo de la Iglesia Católica es el compendio de toda la doctrina de la Iglesia, expedido bajo la autoridad del Romano Pontífice. Es fruto de un largo trabajo de muchos expertos en Teología y Catequesis. Es de un riquísimo contenido. Un verdadero tesoro para un cristiano, y más, para un maestro de religión y para un catequista.

Tiene una amplísima referencia a las Sagradas Escrituras, al Magisterio de la Iglesia, especialmente al Concilio Vaticano II y a muchos otros Concilios y documentos pontificios, y de los Santos Padres, Doctores, Escritores Eclesiásticos, Santos y Santas de la Iglesia.

Debe ser un libro de uso habitual en la enseñanza de la religión, un libro fundamental. Aunque se tengan otros, es conveniente que la referencia al Catecismo sea muy frecuente porque es muy precioso en su contenido, rico, sugerente y por la gran autoridad que tiene según se la atribuyó el Santo Padre Juan Pablo II al darlo a la publicidad, al darlo a la Iglesia:

“El CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA que aprobé el 25 de junio pasado, y cuya publicación ordeno hoy en virtud de la autoridad apostólica, es una exposición de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica, atestiguadas o iluminadas por la Sagrada Escritura, la Tradición apostólica y el Magisterio eclesial. Lo reconozco como un instrumento válido y autorizado al servicio de la comunión eclesial y como norma segura para la enseñanza de la fe. Dios quiera que sirva para la renovación a la que el Espíritu Santo llama sin cesar a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, en peregrinación hacia la luz sin sombra del Reino.

La aprobación y la publicación del CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA constituyen un servicio que el sucesor de Pedro quiere prestar a la Santa Iglesia Católica, a todas las Iglesias particulares en paz y comunión con la Sede apostólica de Roma: el de sostener y confirmar la fe de todos los discípulos del Señor Jesús -cf. Lc. 22, 23-, así como de reforzar los vínculos de unidad en la misma fe apostólica.

Pido, por tanto, a los pastores de la Iglesia y a los fieles, que reciban este Catecismo con un espíritu de comunión y lo utilicen constantemente cuando realizan su misión de anunciar la fe y llamar a la vida evangélica. Este Catecismo les es dado para que les sirva de texto de referencia seguro y auténtico para la enseñanza de la doctrina católica.”¹

En Santo Domingo el Papa dijo: “...recientemente he aprobado el CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, que presento como el mejor don que la Iglesia Católica puede hacer a sus Obispos y a todo el pueblo de Dios, se trata de un valioso instrumento para la nueva evangelización, donde se compendia toda la doctrina que la Iglesia ha de enseñar”.²

Es clara la importancia de que todo católico lo conozca bien, lo medite, lo estudie, lo ame, lo consulte.

¹ JUAN PABLO II. Constitución Apostólica “Fidei Depositum” CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, págs. 10-11.

² JUAN PABLO II. Discurso Inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Santo Domingo. Octubre 12-28-1992.



Como el Catecismo no es propiamente un texto escolar; si se emplea en la enseñanza de la religión en la escuela, conviene tener en cuenta que se debe saber cómo, con qué método, para que su lectura no se quede en ideas generales y lleve también a un verdadero y eficaz aprendizaje de la doctrina. **Es necesario siempre que los alumnos aprendan algunas cosas, las fundamentales, de memoria. El estudio, el método, deben dirigirse a lograr este objetivo.** Se puede conseguir pidiéndoles a los alumnos que hagan esquemas, clasificaciones, resúmenes, que aprendan ciertas definiciones. Por ejemplo: en los mandamientos, cuáles son los pecados que van contra cada uno de ellos, etc.

Para el profesor de religión, debe ser un libro de consulta, lectura y meditación frecuente, casi diríamos que habitual. En él encontrará un instrumento precioso para su formación y trabajo. Una potente fuente de conocimientos. **Debe ser para él, después de la Biblia, su libro fundamental.** En la medida en que lo vaya conociendo más y mejor,

irá teniendo más ideas y sugerencias sobre cómo utilizarlo en sus clases y los métodos más adecuados para emplear con sus alumnos.

El le da la seguridad de la fe, la garantía de la autoridad de la Iglesia, de que esta es la doctrina de Cristo, la verdad que necesita todo hombre para vivir cristianamente, para salvarse.

Ahí están los misterios de la religión, los contenidos esenciales para su enseñanza.

Es necesario que lo conozca a fondo, tanto en un sentido general de sus fines, contenidos y estructura, como en cada una de sus partes.

Puede ser libro básico para preparar exposiciones, clases, trabajos, etc...y será un valioso auxiliar para las clases y cursos.

CONVIENE HACERLO CONOCER, APRECIAR Y AMAR POR PARTE DE LOS ALUMNOS. ■

GERMÁN VÁSQUEZ OCHOA
Sacerdote

La Autoridad del Magisterio de la Iglesia

*“¡Qué alegría, poder decir con todas las veras de mi alma:
Amo a mi Madre la Iglesia Santa!” -BEATO JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER¹*



La Iglesia necesita hijos que la amen. A LA IGLESIA se la ama con obras, con confianza, con obediencia, con sumisión. “¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo?” -Lucas 6,46-

El católico debe estar SIEMPRE del lado del Magisterio de la Iglesia, porque él es el único que da la seguridad de la verdad. “El que a vosotros oye a mí me oye; el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia, y el que me desprecia a mí, desprecia al que me envió”. -Lucas 10,16-

Por eso, cuando haya algún aparente conflicto entre el Magisterio y el parecer personal, el cristiano debe siempre, con humildad, con fe, con absoluta seguridad, optar por el camino que le muestra o señala el Magisterio pues para eso está, para eso fue puesto por el Señor, para que nos sirviera de guía, de luz, para marcarnos el camino. “Yo soy la luz del mundo: el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”. -Juan 8,12-

Debemos pues acoger el Magisterio y rectificar con gusto todas las opiniones contrarias pues no pueden ser luz ni dar la luz.

Agradecerle a Dios ese Magisterio y seguirlo en todo, con cariño, con amor. Es la garantía de andar en la luz porque dice el Señor: “¿Puede guiar un ciego a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo?” -Lucas 6,39- el maestro y el discípulo, porque escoger un maestro que no tenga luz no es disculpa y, además, no porque se le siga de buena voluntad, por eso, va a tener la luz: enseñará lo que él es y lo que él sabe. Pero la Iglesia por la asistencia divina sí tiene un Magisterio infalible. El católico no debe des-



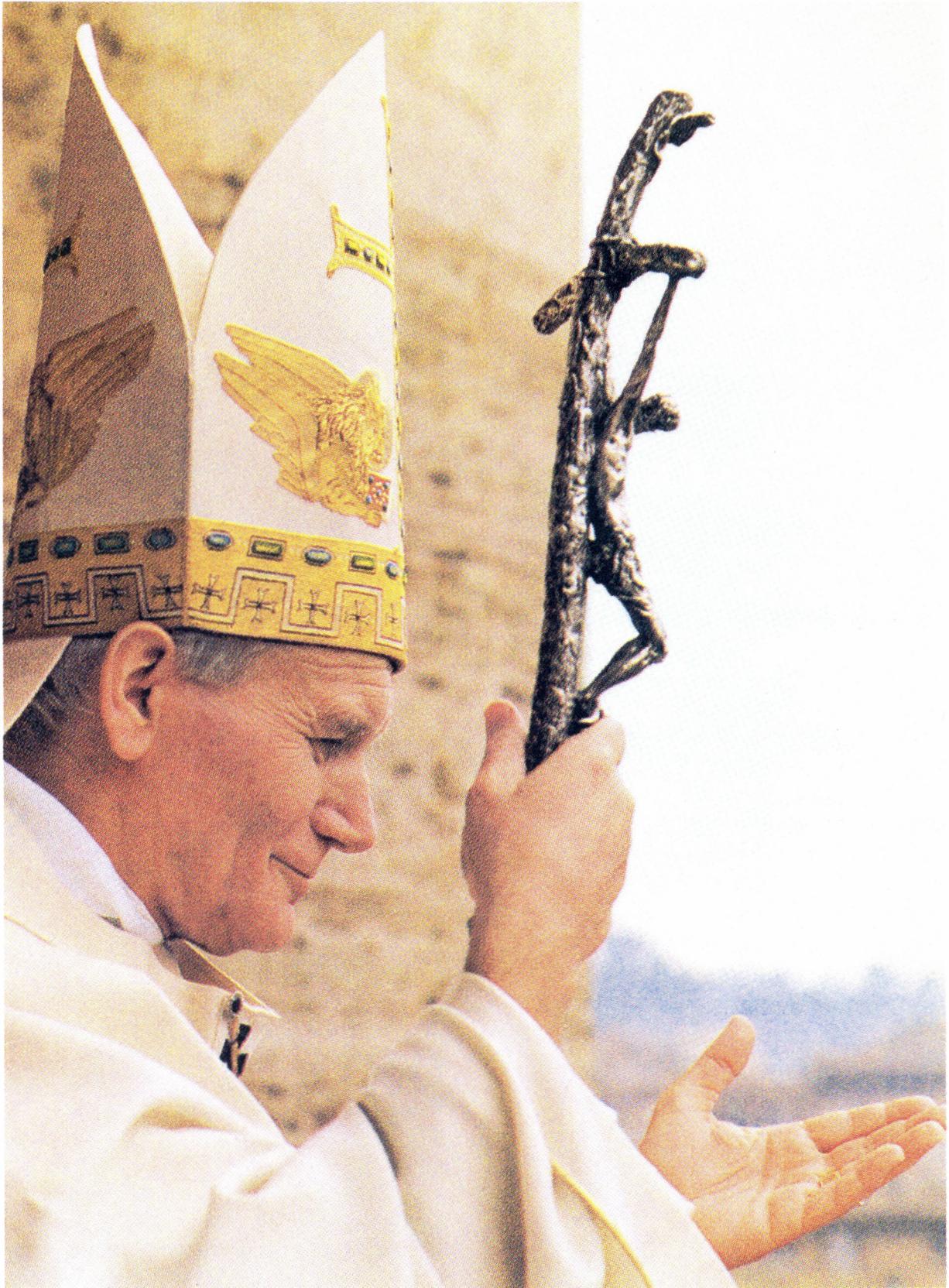
confiar nunca del Magisterio de la Iglesia porque eso sería desconfiar de Dios.

Para eso está la Iglesia: para ser maestra de la humanidad, para mostrar el camino de Dios. “Id, pues; y enseñad a todas las gentes... enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado”. “Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo” -Mt. 28,19 s-

El católico debe confiar plenamente en el Magisterio de la Iglesia, sin excepciones. “No se ha de oponer la conciencia personal y la razón a la ley moral o al magisterio de la Iglesia”.² Si en algún caso se apartara de él, por las razones que fueran, debe saber que en la misma medida y al mismo tiempo se está apartando de la verdad, de la luz, de lo que le conviene para su alma, debe rectificar cuanto antes, debe volver al camino “caminad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas, pues el que camina en tinieblas, no sabe por donde va” -Juan 12,35- ■

¹ ESCRIVA DE BALAGUER, Josemaría. Camino No. 518.

² CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, N° 2039.



La Sencillez

“Me has escrito: la sencillez es como la sal de la perfección y es lo que a mí me falta, quiero lograrla con la ayuda de El y de usted. Ni la de El ni la mía te faltará. Pon los medios”.

-BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER-¹



Qué bien expresado está aquí el valor de la sencillez cuando se dice de ella que ES COMO LA SAL DE LA PERFECCIÓN!, porque si una persona no es sencilla no puede ser perfecta, porque la sencillez es la verdad, la verdad de la persona, alguien que actúa de acuerdo con lo que es, sin engaños, sin falsas apariencias, sin cosas postizas.

Por lo tanto, la sencillez no es algo que se logre, que se consiga a los comienzos; todo lo contrario, es el fruto de un largo proceso de oración y de esfuerzo personal por sacar de la vida todo lo superfluo, vivir sólo de acuerdo con la verdad, y no querer que se conozca y se vea en nosotros sino la verdad de nuestra vida.

Para ello, es necesario, sacar la ficción, la mentira, esas tendencias que están en nosotros desde que nacemos, como fruto del pecado original, y que hay que ir las superando poco a poco.

El libro de la Sabiduría dice: “amad la justicia los que juzgáis la tierra, sentid del Señor con bondad, y en la simplicidad del corazón buscadle, porque se deja encontrar de los que no le tientan” y poco más adelante “porque los pensamientos perversos apartan de Dios”, y “en un alma malévolas no entrará la sabiduría, ni habitará en un cuerpo súbdito del pecado, porque el Espíritu Santo que nos forma huye de la doblez y se aleja de los pensamientos insensatos, y se siente ultrajado si ocurre una injusticia”.²

De manera que hay como dos fuentes o como dos actitudes diversas: una la que hay en el alma, en el interior, la otra la que se manifiesta hacia afuera. La sencillez consiste precisamente en que depurando,

purificando el alma, aquilatando con una gran exigencia personal de no permitirnos nada que sea perverso, nada que sea injusto, nada que sea contrario a la verdad, a la caridad; no permitiendo nada de eso, nuestra vida va adquiriendo esa verdad. Y esto es necesario que se note, en las relaciones con los demás, en las relaciones con Dios y que seamos exigentes con nosotros mismos para vivir de esta forma.

Hay que procurar pues, constantemente, llegar a esa rectitud no solamente de los pensamientos, sino también de nuestras acciones.

En el primer capítulo del Evangelio de San Juan hay una palabra, un elogio que Jesús hace: “Vió Jesús a Natanael que venía hacia sí, y dijo de él: he aquí un verdadero israelita, en el cual no hay doblez, no hay engaño”.³ ¡Si ese es un elogio de Jesucristo, qué razón más poderosa para que nosotros procuremos ser así: sin doblez, ni engaño!

Cuando la persona es así, vive así, entonces adquiere unas cualidades especiales. En primer lugar, la unidad, dentro de sí, porque el que falta a la verdad, el que permite que la mentira viva dentro de él, no puede tener esa alegría, esa paz, esa unidad personal, esa tranquilidad interior.

Hemos dicho que esta virtud de la sencillez es todo un proceso, que supone un aquilatamiento, un perfeccionamiento individual, una lucha por ser muy veraces en todas nuestras cosas, y eso cuesta trabajo, no es fácil, porque muchas veces el am-

¹ ESCRIVA DE BALAGUER, Josemaría. Camino No.305.

² Sabiduría 1, 1-5.

³ Juan 1. 47

biente, es un ambiente en el cual se acude fácilmente a la mentira, a la falsedad, a las apariencias, y, por lo tanto, tiene que ser la persona quien por sus propios medios toma la decisión de vivir esta virtud.

La sencillez lleva consigo también la actitud ante los demás, de no aparentar, como dice San Pablo "si quisiera gloriarme, no haría el loco, pues diría verdad. Me abstengo, no obstante, para que nadie juzgue de mi por encima de lo que en mi ve y oye de mi"⁴. No busquemos pues que los demás se formen de nosotros un juicio mayor de lo que somos realmente, es decir, la persona sencilla no está aparentando lo que no es, las virtudes que no tiene, los conocimientos que no posee, sabe reconocer sus errores, sus fallas, cuando es necesario.

El libro del Eclesiástico en el capítulo 3 nos dice: "Cuanto más grande seas, más te has de humillar en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios"⁵. Y San Pedro en su primera carta, nos da como un camino para adquirir la sencillez: "dejando pues toda malicia y todo engaño y las envidias y todas las detracciones, como niños recién nacidos, apeteded la leche espiritual no falsificada para con ella crecer en orden a la salvación, si es que habéis gustado cuán bueno es el Señor"⁶.

Hácernos como niños pero no en lo que esto supone de falta de madurez, sino en imitar en el niño, la falta de malicia. Por este camino se llega a la sencillez, por este camino nos hacemos gratos a Dios y también gratos a los hombres, porque ¿Quién no ama a una persona sencilla?, ¿Quién no ama la sencillez?; y en cambio, la arrogancia y la falsedad la rechazan todos.

Una de las características de la persona sencilla es que no es susceptible, es fácil de tratar, no juzga a los demás, no está viendo o suponiendo en ellos segundas intenciones, malicia o predisposición hacia ella, no tiene nada que ocultar y por lo tanto, puede mirar a la cara, tiene los ojos, la mirada lim-

pia y clara. No es ingenuo, porque sabe vivir también el consejo del Evangelio: "sed mansos como palomas y astutos como serpientes"⁷, pero no vive en un ambiente de ocultamiento y desconfianza.

Hay que descomplicarse, no ser retorcidos, limpiar el alma de amarguras, de resentimientos, de odios, de rencores.

No tener miedo a ser conocidos como lo que somos, tal como somos y, por lo tanto, tratar de ser mejores cada día, tratar de no hacer ni pensar nada que no pueda ser conocido y visto por las otras personas. Que nuestros pensamientos, palabras y obras puedan estar siempre a la luz, tratar de no hacer nada de lo que tengamos que avergonzarnos.

No buscar actitudes falsas, postizas. Huír de la hipocresía que es una de las actitudes que más censura el Señor en el Evangelio. No esconder nuestros pensamientos diciendo lo distinto de lo que pensamos, por falta de valentía o por querer engañar.

La sencillez es un proceso lento pero que llena el alma de paz y de alegría en la medida en que entra en ella.

Quizá pocas personas se proponen conseguir esta virtud, sin embargo, está recomendada por Dios en el Evangelio. El Señor ama esta actitud que es como un requisito para entrar en su amistad, para entender sus enseñanzas sobre el reino de los cielos, para entender las cosas divinas, ésto le lleva a exclamar: "Yo te glorifico, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios, y a los prudentes, y las revelaste a los pequeños. Si, Padre: porque así fué de tu agrado"⁸.

Todo se resume en estas palabras del Señor, que además muestran la absoluta necesidad de la sencillez: "En verdad, os digo, si no os volviereis y os hicieréis como niños, no entraréis en el reino de los cielos"⁹. ■

⁴ Cfr. 2 Cor. 12, 6.

⁵ Eclesiástico 3, 20.

⁶ 1 Pedro 2, 1 y 2.

⁷ Mtt. 10, 16.

⁸ Mateo 11, 25.

⁹ Mateo 18, 3.

La Vida Cristiana de los hijos



La vida cristiana de los hijos debe encontrar su comienzo y desarrollo primordialmente en el hogar; en una forma secundaria, debe hacerlo la escuela también. Pero el comienzo y siempre, el estímulo a vivir como cristianos, hijos de Dios y a adquirir el crecimiento de esa vida de unión con Cristo, es una de las misiones más sagradas y necesarias de la familia cristiana.

Pío XII en su alocución del 5 de octubre de 1.957, enseña cómo debe desarrollarse esa vida cristiana bajo la influencia de los padres.

"... el espíritu católico se inyecta en el corazón del niño no solamente en la escuela, sino mucho

antes de la edad escolar, por los cuidados de la madre misma. El niño aprenderá cómo se debe rezar en misa, cómo ofrecerla con una intención que abrace el mundo entero y sobre todo, los grandes intereses de la Iglesia. Al examinarse sobre los deberes para con el prójimo, no se preguntará solamente: ¿He hecho mal al prójimo?; sino, también: ¿Le he mostrado el camino que lleva a Dios, a Cristo, a la Iglesia y a la salvación?"¹

Así se acerca a los hijos a Cristo, a vivir en Cristo; meta de la existencia humana, -Gal. 4, 19- que en el hogar debe encontrar su iniciación y su desarro-

¹ PÍO XII. Alocución 5-X-1957. (AAS 49 (1957) 932)



llo progresivo. Juan XXIII, habla de ese vivir con Cristo en la vida familiar:

“Jamás podrá darse cosa más sublime que Cristo habitando entre nosotros. Por este hecho los horizontes se ensanchan; toda existencia se convierte en una poesía y, siguiendo las invocaciones del Padre Nuestro, Dios mismo viene a encontrarse en toda condición de la vida familiar, desde el niño al anciano, al enfermo que sufre; en las actividades intelectuales y materiales, en todas las contingencias”²

Esa vida cristiana exige la oración, los sacramentos, la asistencia al culto litúrgico, la práctica de las virtudes y costumbres cristianas, la orientación de las lecturas y espectáculos, etc.

PIEDAD Y ORACIÓN EN LA FAMILIA

Esta vida de piedad cristiana deben aprenderla los hijos con el ejemplo de los padres, y con la enseñanza por parte de éstos, de oraciones vocales que los niños irán grabando desde el momento en que empiezan a hablar. La Constitución *Gaudium et Spes* enseña esta doctrina que ha sido siempre vivida en los hogares verdaderamente cristianos:

“Gracias precisamente a los padres, que precederán con el ejemplo y la oración en la familia, los hijos y aún los demás que viven en el círculo familiar encontrarán más fácilmente el camino del sentido humano, de la salvación y de la santidad”³.

La piedad no se forma en un instante, es un hábito profundo que se va arraigando con los actos repetidos, día a día, levantar el corazón a Dios, dirigir a El todas las acciones, buscar su ayuda, darle gracias... Veamos cómo lo expresa Pablo VI en su alocución del 11 de agosto de 1976:

“Os rogamos, queridísimos hijos, y especialmente a vosotros, nuevas familias cristianas, que, con la forma debida y en medida discreta pero también con abierta y comunitaria expresión religiosa, deis honor a la oración colectiva en vuestras casas: la madre tiene, en esta primera pedagogía de la religión, una función tan importante y digna, como bella y conmovedora. Madres, ¿Enseñáis a vuestros hijos las oraciones del cristiano? ¿Les preparáis, de acuerdo con los sacerdotes, para los sacramentos de la iniciación cristiana: confesión, comunión, confirmación? Si es-

tán enfermos, ¿les habituáis a pensar en los sufrimientos de Cristo? ¿Y a invocar la ayuda de la Virgen y de los santos? ¿Rezáis el Rosario en familia? Y vosotros padres: ¿Sabéis rezar con vuestros hijos, con toda la comunidad doméstica, al menos alguna vez? Vuestro ejemplo de honradez en el pensamiento y en la acción, acompañado por alguna oración en común, vale por toda una lección de vida, es un acto de culto que tiene un mérito singular; lleva así la paz al interior de la casa: Pax huic domui: Recordadlo: así se construye la Iglesia”⁴.

Y Pío XII, pide a los padres:

“...Una fe viva que encuentra su cotidiana expresión en la oración familiar hecha en común”⁵.

Y les invita a la oración haciéndoles ver la importancia que tiene en toda la vida de sus hijos:

“Estos caracteres valientes, que de la oración sacan la fuerza para las luchas del bien y la defensa de la justicia, se educan y se forman en las familias cuando éstas se basan y viven en aquella sabiduría cuyo principio es el temor de Dios; por ello os dirigimos con celo pastoral y paterno esta exhortación: despertad en los fieles el sentimiento de la antigua y piadosa costumbre de orar juntos en familia”⁶.

EFICACIA DE LA ORACIÓN EN LA VIDA FAMILIAR

También la oración es necesaria a la familia para cumplir su misión en la sociedad, si por el contrario ella abandona la oración, corre también el peligro de verse corrompida, de no poder cumplir su misión.

Hablando del apostolado a que está llamada la familia cristiana, el decreto *Apostolicam Actuositatem* dice así:

“Esta misión de ser la célula primera y vital de la sociedad la familia la ha recibido directamente de Dios. Cumplirá esta misión si, por la mutua piedad de sus miembros y la oración en común dirigida a Dios, se ofrece como santuario doméstico de la Iglesia; si la familia entera se incorpora al culto litúrgico de la Iglesia”⁷ ■

² JUAN XXIII. Discursos, Mensajes, Coloquios TI p. 707

³ CONCILIO VATICANO II. Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*. No. 48 (AAS 58 (1966) 1069)

⁴ PABLO VI. II-VIII-1976. Enseñanzas de Pablo VI. XIV, 640.

⁵ PIO XII. Alocución 15-XI-1946 (AAS 38 (1946) 433).

⁶ PIO XII. Alocución 13-III-1943 (AAS 35 (1943) 111).

⁷ CONCILIO VATICANO II. Decreto *Apostolicam Actuositatem*, No. 11 (AAS 58 (1966) 848).

Algunos errores y defectos en la clase de Religión



Exponemos a continuación, sin el ánimo de ser exhaustivos, algunos errores y defectos en la clase de religión, con el fin de que su lectura mueva al profesor a detectar posibles fallas en el campo de su competencia y a buscar la manera más conveniente de afrontarlas.

Hay muchos factores que inciden en esta clase, y es necesario lograr el ambiente adecuado para poder progresar en la enseñanza y obtener los frutos que ella debe brindar, para ésto, hay que ir corrigiendo las dificultades que se encuentren.

POR PARTE DEL PROFESOR

- ◆ No tener ni procurar una capacitación específica en el área de religión para poder atender la asignatura con la altura debida y de acuerdo con la naturaleza de la misma.
- ◆ Falta de convicción, de fe, de amor a la religión.
- ◆ No tener coherencia de vida. No procurar vivir primero él lo que pide la religión, para poder ser un modelo o ejemplo para los alumnos.
- ◆ Falta de dedicación a esta materia. No tomarla con seriedad o responsabilidad, asumirla porque no hay más remedio, pero sin el ánimo de desempeñarla con profundidad, con sentido profesional, de prepararse para ello.
- ◆ No saber cómo se diseña y se prepara un curso de religión en cada caso, marcándose unos objetivos, los contenidos necesarios, la metodología y los medios para desarrollarlo.
- ◆ No preparar las clases a fondo por falta de interés, de tiempo, o por pensar que ya conoce los temas suficientemente. Parte determinante, decisiva, en el éxito de la clase es que siempre debe prepararse consciente y cuidadosamente, aún en el caso de que el profesor sea muy experto y tenga muchos conocimientos. Nunca debe improvisarse una clase. El prepararla bien es muestra de respeto y aprecio por la materia.
- ◆ No desarrollar los contenidos propios de la asignatura desviándose hacia otros terrenos, por desconocimiento, o por no afrontarlos para evitar dificultades con los alumnos. El maestro debe ser leal con éstos, con las familias, con el centro docente; dar los contenidos propios, con profundidad, con valentía.
- ◆ Una metodología monótona que no da participación a los alumnos. La enseñanza se basa fundamentalmente en exposiciones del profesor.
- ◆ No poner interés en el conocimiento de los programas oficiales del Episcopado para esta materia.
- ◆ No tener un programa desde el principio, para el curso, que atienda a las condiciones y circunstancias concretas de los alumnos, y no procurar desarrollarlo en todos sus puntos hasta el cumplimiento cabal del mismo.
- ◆ No tener unos objetivos claros.
- ◆ No conocer bien las circunstancias de los alumnos y el nivel de conocimientos anteriores, así como sus disposiciones, para poder diseñar un



programa que responda a sus necesidades y expectativas y en consonancia con los requerimientos de los programas oficiales.

- ◆ No ir a promover decisiones profundas por parte de los alumnos y no propiciar disposiciones verdaderas hacia la religión en ellos sino procurar como sea el cumplimiento del programa.
- ◆ No saber despertar el interés tal vez por falta de esfuerzo, de iniciativa y de dedicación.
- ◆ No saber crear un buen ambiente en la clase. Permitir discusiones o tensiones.
- ◆ No saber atender con delicadeza, cordialidad y paciencia las preguntas u objeciones de los alumnos que puedan ser molestas.
- ◆ Fundamentar el desarrollo de la clase en la evaluación o calificación no poniendo el énfasis principal en la belleza y trascendencia de la materia misma.

POR PARTE DE LOS ALUMNOS

- ◆ Alumnos que asisten de mala gana, sin interés, como obligados, y que pueden dañar el am-

biente o impedir el buen ritmo de la clase. Estos casos hay que definirlos hablando personalmente con ellos, pero, de ninguna manera deben seguir asistiendo si sus disposiciones no cambian. Hay que preferir el bien del grupo y el buen ambiente de la clase.

- ◆ Falta de amor y de buena disposición hacia la religión, por no haber recibido una formación y ejemplo en la familia, o por dificultades religiosas o morales en el ambiente en que viven.
- ◆ Carencia de una vida cristiana de oración y sacramentos, de asistencia a la Iglesia, de una piedad personal: abandono en el campo de la religión.
- ◆ Falta de conocimientos anteriores por no haberlos recibido en la familia, o en los cursos anteriores, o por no haberlos aprovechado.

POR PARTE DEL CENTRO DOCENTE

- ◆ No darle a esta materia la importancia debida ante los alumnos, el personal docente y las familias.
- ◆ No tener o procurar tenerlo, un profesorado competente, con una formación específica, y con buena y continua coordinación entre ellos, para darle unidad y armonía a la formación religiosa en el centro.
- ◆ No fomentar en el centro un ambiente de religiosidad.
- ◆ Permitir que esta asignatura sea mal atendida o relegada, o menospreciada en el ámbito escolar.
- ◆ No brindar a los profesores el respaldo, los libros y elementos didácticos convenientes. No darles la colaboración necesaria para su capacitación específica en este campo.
- ◆ Dentro del horario escolar, permitir que se dediquen a la religión las peores horas del día, que se le quite intensidad horaria, o que se suprima. ■